

La página viva

El viaje a Nueva York

José de la Colina

Todo el año se dijo que iría a Nueva York, pero no lo hizo. Cada vez que estaba bebido se acordaba del viaje planeado y nunca realizado. Y no empezó a perder la fe en ello hasta una mañana de agosto en que, tras haber trasnochado y cuando esperaba un tranvía, vio surgir el sol temprano y se asombró del tiempo transcurrido.

—¿Nueva York? —dijo—. ¡Al diablo Nueva York! ¿Qué hay en Nueva York?

Se volvió hacia un supuesto acompañante y dijo:

—¿Por dónde se fueron? Los años, quiero decir.

Luego, ya sereno, dedicó al mundo una sucia palabra y se dijo que lo único que deseaba era dormir. ¡Y al diablo todo lo demás!

Después de aquello supo ya que nunca haría el viaje. Y si alguna vez se acordaba de Nueva York era sin deseo de ir allí. “Aquí seguiré vegetando”, se decía.

Se levantaba de la cama al mediodía y pasaba por el aburrido ritual de afeitarse, bañarse, ponerse ropa limpia y mirar sin mucho interés los titulares del periódico comprado al retornar a casa en la madrugada. Aunque se

cepillara los dientes y aun la lengua, siempre le quedaba el mal sabor de boca hasta que bebía dos tazas de café y fumaba un par de cigarrillos. A la tarde, se sentía algo mejor y se pasaba bebiendo cerveza en la sala. Le agradaba levantar la persiana para que entrara el sol, si lo había, y en ocasiones se sentaba al piano a esperar el deseo de tocar, pero no tocaba y finalmente ya ni siquiera se acordaba del piano. A primeras horas de la noche iba en tranvía a la ciudad, entraba en un tranquilo restaurante y pedía su única comida del día, que solía ser fuerte, y la disfrutaba despacio, ojeando una novela de bolsillo, una antología de poemas o de cuentos o de ensayos. Luego iba a un bar también tranquilo y se dedicaba a beber. Con frecuencia lo saludaban personas que porque alguien lo había presentado ellas sabían que era alguien famoso. Respondía cortésmente pero con desgana y los otros, notando que prefería estar solo, se despedían, tal vez preguntándose qué mosca le habría picado.

Él bebía y sin haber ido a Nueva York deambulaba por sus calles buscándola, como si no supiese que allí tampoco estaba ella.

William Saroyan, “El viaje a Nueva York”, en *Dear Baby*. (Versión de J. de la C.)

En sus libros de relatos: *El audaz joven del trapecio*, *Respirar en el mundo*, *Otro verano*, *Nena querida*, etcétera, el narrador armenio-americano Saroyan suele presentar personajes de los cuales se creería que les ha escuchado los monólogos interiores en una insomne cafetería esquinera de Nueva York o San Francisco o Los Ángeles. (¿Cómo no evocar ese cuadro de Edward Hopper: *Nighthawks*?). Son narraciones que, cuando no

tratan de una niñez y una adolescencia vividas casi idílicamente en pequeñas ciudades de California, y entre inmigradas familias armenias o italianas o mexicanas, suelen tratar de seres de las grandes ciudades: el joven escritor hambriento que acaricia su última moneda en el bolsillo y pasea por la ciudad como flotando entre la muchedumbre, o el barbado vago parecido a Jesucristo que predica algún apocalipsis y vende postales pornográficas a la entrada del *subway*, o el muchacho desempleado que gasta el último par de dólares en comprar rayados discos de jazz que oír en el cuartucho de hotel barato, o la mujer madura que se embriaga en un bar esperando al amante mozalbete y tarambana que ya no acudirá a la cita porque se le atravesó en el camino una linda muchacha que es “como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en el mundo”, o el niño que en la escuela ha inadvertidamente reído de la triste maestra suplente y, cuando ella, al final de la clase, le pone de castigo reír durante una hora, él no puede obedecer pues sólo siente ganas de llorar solidariamente con ella...

La fuerza y la gracia de Saroyan están en la fluidez narrativa, en la sincera y a veces cándida emoción, en un realismo de tono menor cruzado de humor y lirismo. Su debilidad es el *wishful thinking* fraternalista que lo hace resbalar a la sensiblería. Pero sus cuentos, que parecen venir de un mestizaje entre un Chejov y un O’Henry actualizados, son a veces cantos en prosa narrativa.

El final de este brevísimo relato casi sin “argumento” alude a un personaje que ni siquiera es esbozado, esa mujer que es tan sólo una palabra: *ella*, pero que, surgida por única vez en la última línea y, cuando acaso el lector ya se pregunta “de qué trata esto”, da vibración y sentido a todo lo contado. **U**



William Saroyan